

Parroquia Nuestra Señora de la Merced

Pastoral Familiar

Octubre 2014

LA RELACIÓN CON NUESTROS HIJOS

INTRODUCCIÓN

Durante este año estamos reflexionando sobre nuestras relaciones con los "otros" de nuestra vida: nuestros padres, el prójimo, la pareja, los hijos, y también, con Dios.

En nuestro último encuentro charlamos sobre nuestra relación matrimonial. Hoy vamos a charlar sobre nuestra paternidad: la relación con nuestros hijos. Para hacerlos visualmente presente a ellos en nuestra reflexión, vamos a colocar en el medio del grupo, sobre una mesa, la foto de nuestra familia.

Comencemos entonces poniéndonos en la presencia de Dios. Pongamos en sus manos los frutos del encuentro de hoy. Mirando la foto con nuestros hijos, rezamos por ellos, nosotros y los frutos de esta reunión.

Importante: Cada grupo inicia su reunión con la modalidad de oración a la que esté habituado.

.....

En la meditación del Jueves Santo se nos hablaba del vínculo con nuestros hijos. Un pasaje de esa charla decía:

"Cuando un hombre y una mujer se abren a la paternidad están respondiendo a una necesidad y asumiendo un destino, están dando su sí a un llamado y haciéndose cargo de sus consecuencias. La vida de sus hijos les irá revelando la gloria y la cruz de la paternidad. Lo hará poco a poco, porque la vida es sabia y los ayuda a no renunciar a la cruz cuando ya aceptaron la gloria. Es precisamente en la gloria donde está la cruz, porque la gloria de la paternidad es dar vida a otro y la cruz es aceptar que esa vida no pertenece a los padres porque es precisamente vida donada".

PRIMER MOMENTO

Comencemos la reflexión con estas preguntas.

- Mirando a mis hijos: ¿qué me gratifica más de su vida? y ¿qué me preocupa más?
- ¿Qué me gusta y qué me cuesta de mi relación con ellos? ¿Cómo diría que es esa relación, cómo la describiría?

Todos participan libremente, respondiendo "de a una" las preguntas.

SEGUNDO MOMENTO

Ahora escuchemos este pasaje del evangelio de san Lucas 2,42-52:

"Cuando Jesús cumplió doce años, subieron como de costumbre, y acababa la fiesta, María y José regresaron, pero Jesús permaneció en Jerusalén sin que ellos se dieran cuenta. Creyendo que estaba en la caravana, caminaron todo un día y después comenzaron a buscarlo entre los parientes y conocidos. Como no lo encontraron, volvieron a Jerusalén en busca de él. Al tercer día, lo hallaron en el Templo en medio de los doctores de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que lo oían estaban asombrados de su inteligencia y sus respuestas. Al ver, sus padres quedaron maravillados y su madre le dijo: "Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados". Jesús les respondió: "¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?". Ellos no entendieron lo que les decía. Él regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba estas cosas en su corazón. Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres".

Breve comentario al texto: La Ley de Israel pedía que los muchachos judíos que hubieran llegado a la edad de la pubertad fueran a Jerusalén tres veces al año. Jesús tiene ya doce años, y aunque los rabinos no consideraban obligatoria esta Ley hasta los trece, muchos padres llevaban a sus hijos antes de esa edad. En esa circunstancia, Jesús pronuncia sus "primeras palabras" en el momento en que entra en su juventud, y lo hace durante la pascua y en el templo (presagio de sus "últimas palabras" en la pascua y el templo previas a su pasión).

Ante sus padres humanos Jesús reivindica su condición de Hijo de otro Padre a quien se debe en primer lugar. Su identidad más profunda lo vincula a Dios con una pertenencia filial que prevalece sobre la que lo une a sus padres.

A la luz de estas afirmaciones, podemos comprender que nuestros hijos son "nuestros" sólo por el hecho de que nosotros vivimos para ellos. Que sean "nuestros" significa que nosotros somos "suyos" porque los amamos y vivimos para criarlos. Pero ellos son de sí mismos: poseen una identidad que, suponiendo su vínculo con nosotros como padres, no obstante, lo trasciende. Ellos "son más" que nuestros hijos, son ellos mismos. Su condición de personas únicas e irrepetibles escapa a nuestras expectativas, deseos y proyectos paternos. Esa condición de personas únicas los remite a Dios, que es el garante de la identidad más profunda de cada ser humano.

Los padres estamos invitados, como la Virgen, a meditar en nuestro corazón el misterio que es cada uno de nuestros hijos y su crecimiento en el seno familiar.

A la luz de estas reflexiones, compartamos juntos con estas preguntas:

- ¿Soy capaz de alentar a cada hijo para que adquiera seguridad en sí mismo y explore sus posibilidades? ¿O mis intervenciones provocan desaliento?
- ¿Me reconozco presente o ausente en sus vidas? ¿Interesado o indiferente respecto de sus sueños y proyectos?
- ¿Qué me dio "buen resultado" para mantener una buena relación con mis hijos? ¿Pedí alguna ayuda para mejorar esa relación? ¿Cuál?
- ¿Cómo creo que influye nuestra relación como esposos en la crianza y educación de los chicos?

Todos participan libremente, respondiendo "una a una" las preguntas.

CIERRE:

Volviendo a poner la atención sobre la foto con nuestros hijos, vamos a rezar pidiendo a Dios lo que deseamos para ellos. Lo hacemos con calma y serenidad, dándonos tiempo para interceder por cada uno y por nuestra relación con todos.

Para finalizar podemos rezar el *padrenuestro*. Todos somos sus hijos del Padre del Cielo. Lo hacemos poniendo en sus manos el presente y porvenir de nuestra familia.